

San Agustín, máximo representante del cristianismo africano en los siglos IV-V

Antonio Espada Ferrero
Profesor del ISTIC (Sede Gran Canaria)

Presentación

“De Lutero a Rousseau, de Erasmo a Gide, de Petrarca a Sollers, Agustín no ha dejado de asediar el imaginario de Europa. Fue y sigue siendo su genio. El joven bereber, maestro en retórica, platónico y maniqueo, que en Milán se convirtió al cristianismo en 386, se transformará a su regreso a África, en el obispo de Hipona, el implacable vencedor de las herejías y el intransigente doctor de la gracia y de la predestinación. Padre entre todos los Padres de la Iglesia, dejó una obra monumental en el cruce de los tiempos y de las culturas, cuyo carácter personal le confiere una eterna actualidad, a la vez que simboliza las contradicciones de nuestra civilización” (Dominique de Courcelles). “Cuando se ha leído a San Agustín con los ojos del alma no hay modo de sustraerse al martilleo existencial de sus frases. Agustín es, cuando se le ha escuchado, un amigo del alma, un compañero que no enturbia el soliloquio de nuestra intimidad personal. Cuando habla siempre dice algo y nos fuerza a que cada uno se lo diga a sí mismo... (A. Muñoz Alonso).

Me parece que el título de esta ponencia no deja de ser una obviedad. Más de 16 siglos nos separan de este hombre nacido el 13 noviembre de 354 y muerto el 28 de agosto de 430. Sin embargo, su pensamiento sigue vivo y fecundo. Y a pesar de sus exageraciones sobre el pecado, la concupiscencia, la predestinación –pensamientos radicalizados en el fragor de la controversia antipelagiana en la última etapa de su vida–, seguimos viviendo de Agustín e inspirándonos en su vasta obra, rica en pensamientos geniales, en calor humano, en profundidad psicológica, en contrastes múltiples, en amor a Dios y al prójimo...

Todo aquel que se acerca a San Agustín experimenta que se trata de un genio verdaderamente apasionante.

Estamos ante una de las figuras cumbres en la historia de la Iglesia cuya personalidad y cuya obra literaria –inmensa– nos desborda totalmente. Agustín es demasiado grande y complejo para poderlo presentar en unas páginas o 50 minutos en una sintetizada ponencia. No queda más remedio. Pero hemos de ser conscientes que nos exponemos a ofrecer una simple caricatura o cuando menos una visión totalmente incompleta.

La grandeza imponente de Agustín no excluye que en la lectura de su obra sintamos la cercanía de su presencia, que se nos ofrece siempre como un amigo cercano con quien podemos dialogar permanentemente. A lo largo de todas las etapas de su existencia, él vivió intensamente la amistad. De manera semejante, a lo largo de su inmensa obra, se nos presenta como un compañero y amigo del alma que nos invita a profundizar, a orar, a seguir progresando en el conocimiento y en el amor.

Si toda existencia humana es profundamente inefable y rica en contrastes, la de Agustín lo es de un modo eminente. Y si todos los autores se proyectan en su obra literaria (“qué filosofía se tenga depende de lo que cada uno sea”, al decir de Fichte), son pocos los autores que lo hacen de un modo tan explosivo, dramático y detallado como el propio Agustín.

Es muy conocida su biografía, especialmente su vida anterior a la conversión, narrada de modo conmovedor por el propio Agustín en su libro más famoso y leído ya en vida del Santo, *Las Confesiones*. Aquí no podemos detenernos en todos los detalles. Sólo señalar algún aspecto más destacado o hacer alguna precisión que considero especialmente importante.

Por ejemplo: que en su juventud no fue tan malo como a veces se ha dicho (no sin darnos fundamento para ello el mismo Agustín); que desde su juventud hasta su muerte mantuvo siempre un gran afán de verdad y de amor; que fue siempre un típico “homo religiosus”, un corazón inquieto, un constante buscador... (“Nunca es uno viejo para aprender”, “buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando”, “Dios está oculto para que lo busquemos y es inmenso para que siempre tengamos que seguirlo buscando”... y otras frases parecidas las repite Agustín constantemente y son justa expresión de su propia actitud vital).

Evidentemente que aquí solo podemos presentar una síntesis muy incompleta de la vida, personalidad, obra e influencia del obispo de Hipona. En esta breve síntesis prescindimos de su pensamiento filosófico y teológico para ceñirnos exclusivamente a algunos detalles más importantes de su vida, personalidad y obra*.

Etapas de una peregrinación

Agustín es, antes que nada, un africano del Norte de África occidental que, en su tiempo, abarcaba a Numidia y el África proconsular. El África en que se desarrolla la vida de Agustín es un inmenso territorio hecho de muchos contrastes. Antiguamente había luchado contra Roma, pero desde siglos atrás y, sobre todo, en tiempos de Agustín, se había romanizado grandemente. El África de Agustín era tierra latina. Una provincia –Numidia– de ese inmenso Imperio Romano. El mar Mediterráneo era el centro del mundo; por la fluidez de sus aguas navegaban hombres, pensamientos y libros. Una notable paradoja de esta querida tierra era que alimentaba en gran parte a los romanos (“el granero de Roma”) y ella misma estaba mal alimentada. Y dentro de la misma África no menos contraste entre la lujosa vida y las lujosas mansiones de la gente adinerada y la inmensa pobreza de la gente humilde que era la mayoría. Gracias a los trabajos hidráulicos, realizados desde los primeros siglos de la era cristiana, todo el norte de África se había convertido en una zona de especial prosperidad económica: sus tierras se convirtieron en campiñas de bosques, de viñedos, de árboles frutales, de inmensos campos de trigo y de frondosos olivos. Agustín podría trabajar toda la noche con la lámpara abundantemente aprovisionada del áspero aceite africano. Era una comodidad que echaría de menos durante su estancia en Italia (*C. Acad.* I, 6). La fabricación de lámparas fue una industria particularmente desarrollada en África.

África será también una región llena de luz. El tema de la luz como realidad física y como símbolo, ocupa lugar destacado en la obra agustiniana. Desde siempre es un tema clásico (Platón, Aristóteles, Plotino especialmente) que en Agustín reviste importancia y matices peculiares desde sus primeras obras

* La bibliografía sobre Agustín es inabarcable. Sobre él se han escrito muchos y muy buenos estudios, tanto generales como específicos de aspectos concretos de su vida y su pensamiento. Aquí señalo solamente los que he podido consultar para la elaboración de este trabajo y en los cuales puede encontrar el lector interesado amplia bibliografía sobre la persona y la obra de San Agustín.

(*Soliloquios*). Para el obispo de Hipona la belleza se transforma en fiesta de luz y de colores.

Con la conversión de Constantino, el Imperio romano se convirtió en un imperio cristiano. Por obra de Constancio II y posteriormente de Teodosio, la religión católica se convierte en la religión oficial. Por otra parte, grandes personalidades cristianas africanas como Tertuliano y especialmente San Cipriano influyeron enormemente en el cristianismo del norte de África. Sin embargo, buena parte de los campesinos y de la aristocracia permanecieron adheridos al paganismo, que subsistía vigoroso en las élites municipales y en muchas costumbres populares. Por otra parte, si bien en tiempos de Agustín la era de las persecuciones se había cerrado, los cismas y herejías desgarraban atrozmente el cristianismo africano.

San Agustín nace en el año 354 en Tagaste, hoy Souk-Ahras (Argelia), pequeña ciudad de Numidia, que contaba ya con trescientos años de existencia cuando Agustín viene a este mundo. Tagaste, una población de unos 3.000 habitantes, distaba del mar más de 100 kms. y se elevaba sobre la meseta a una altura de 600 metros, separada del Mediterráneo por amplios bosques de pinos y elevados valles plantados de olivos y cereales. Un mundo de agricultores. Era uno de los muchos núcleos con brillante conciencia de sí mismos. Se llamaba a sí misma “el esplendísimo concejo” de Tagaste.

La familia de Agustín es de clase media venida a menos. La madre, Mónica, provenía de una familia cristiana y ella misma será fervorosa practicante. Inscribe a sus hijos como catecúmenos y grabó profundamente en el corazón del niño Agustín el bendito nombre de “Jesús”. El padre, Patricio, era un “*tenuis municeps*” (empleado o concejal municipal), un ciudadano de modestos medios económicos (*Conf. II,5*). A diferencia de Mónica él era pagano, aunque al final de su vida se hizo bautizar por influencia de su esposa (*Conf. IX,22*). Matrimonio normal, en cuanto era muy frecuente el enlace de dos personas de distintas creencias. Ambos esposos estaban de acuerdo en dar la mejor educación posible a su hijo más talentoso y no escatimaron esfuerzos en ello. El hogar de Tagaste, a pesar de sus debilidades, vive profundamente unido cuando se trata de la educación de sus hijos.

Patricio y Mónica, provenientes de un medio social muy parecido, constituyen un claro ejemplo de tantos matrimonios “mixtos”, religiosamente hablando, frecuentes en el norte de África del siglo IV. Mónica se casa joven. Tiene 23 años cuando nace Agustín. Tuvo al menos otros dos niños: la hermana de Agustín que

quedó viuda e ingresó en un monasterio y Navigio el hermano que lo acompaña en Ostia a la muerte de la madre y también lo acompañará en su regreso de Milán a África. (Poco cierto sabemos sobre ellos). Patricio, que permanece en un plano muy inferior a Mónica en la obra agustiniana, no fue sin embargo negligente para financiar los estudios de sus hijos. Se impuso enormes sacrificios, si bien no fue recompensado en sus esfuerzos ya que murió prematuramente.

A diferencia de otros Padres de la Iglesia, como Ambrosio o Juan Crisóstomo, Agustín procede, pues, de un medio social relativamente humilde. Para realizar sus estudios superiores necesitó la ayuda de su rico mecenas y compatriota Romaniano. Agustín tiene una conciencia auténticamente africana y romana.

En el Imperio se impartía una enseñanza casi bilingüe, pero la cultura que Agustín asimila es fundamentalmente latina (siempre lamentó su escaso conocimiento del griego, que algo perfeccionó siendo ya mayor.). Lo cual ha condicionado bastante su pensamiento filosófico y teológico. En gran parte es un autodidacta que destaca por su originalidad. Agustín desde niño es un romano de África. Casi seguro que perteneció a la raza bereber. Nació ciudadano romano y su lenguaje fundamental fue siempre el latín, que llegará a dominar de un modo maravilloso. Parece que podía entender y hablar el púnico, sin que tuviera un perfecto dominio de esta lengua, que era la que hablaban los campesinos católicos y donatistas (*In Joan. Epist.* II,3). Eso sí: siendo obispo de Hipona se sentía muy orgulloso de pertenecer a la Iglesia de África, como parte de la Iglesia católica universal. Huelga decir que ya desde niño manifestó Agustín un talento extraordinario y una gran emotividad.

Decíamos que Agustín nació en Tagaste y en su ciudad natal inicia su formación literaria. La escuela elemental comenzaba a los 7 años. Virgilio y Cicerón eran los maestros indiscutibles de esta enseñanza, como lo había sido Homero para los griegos. Después hay que incluir también a Varrón, Salustio, Tito Livio, Terencio... En Tagaste comienza su aprendizaje del latín, el idioma que hablaba aquí la mayor parte de la gente, y los rudimentos de las matemáticas. Agustín detesta el sistema escolar de su tiempo, que él mismo tuvo que sufrir en la infancia.

Terminada la enseñanza elemental que podía recibir en su pueblo, es enviado a perfeccionar sus estudios a una ciudad importante situada a 30 km.: un día de viaje de la época. Es Madaura, la patria de Apuleyo, cuya estatua financiada por sus conciudadanos destacaba en esta villa histórica de unos 10.000 ha-

bitantes. Agustín tiene 11 años y permanece en Madaura otros tres, recibiendo de sus maestros –la mayoría paganos– lo que podríamos llamar la enseñanza secundaria.

En otoño de 369 Agustín acaba sus estudios en Madaura y vuelve a Tagaste. Es el despertar de su adolescencia, que él relata en las Confesiones, destacando como grave delito el robo de unas peras en compañía de sus amigos. En su pueblo transcurre un año de ocio forzoso, que, según la narración de Agustín, será un año lamentable hasta que, con la ayuda de Romaniano, pueda realizar el sueño que no estaba al alcance de todos: ir a estudiar a Cartago.

En su viaje a Cartago Agustín atraviesa uno de los territorios más fértiles y urbanizados del mundo antiguo. En Cartago, a la vez que divisa por primera vez el mar, encuentra lo que no podían ofrecerle ni Tagaste ni Madaura. Cartago distaba de Tagaste más de 200 kms. Y era una ciudad grandiosa de casi 500.000 habitantes. La urbe más importante del África romana. Tenía teatro, anfiteatro, circo, etc. Después de Roma ninguna ciudad del imperio la aventajaba en bellezas monumentales. En Cartago queda fascinado por la fastuosidad de la ciudad y el joven Agustín vive intensamente experiencias decisivas. Son enormemente elocuentes las palabras de Agustín en el libro tercero de sus Confesiones: “Llegué a Cartago y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero de amores impuros (juego con las palabras latinas “cartago” y “sartago” = sartén). Todavía no amaba, pero amaba el amar... Buscaba qué amar amando el amar... Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí”... Como observa Lancel, no hay ningún texto de la Antigüedad en que, en menos palabras, se use más veces la palabra “amor” y “amar”. En Cartago las dos carreras que se ofrecen son retórica y derecho. Agustín escoge la primera; mientras Alipio –que se convertirá en su amigo incondicional– se decidirá más tarde por la segunda. Agustín será siempre un buen estudiante. Y así de los 7 a los 19 años recorre el ciclo completo de los estudios convirtiéndose en un “varón muy docto y erudito”.

Los tres años de estudiante pasados en Cartago son especialmente significativos en la evolución de Agustín por varios motivos, singularmente por estos tres:

Primero: porque, prendido en los lazos del amor, entabla un concubinato legal del que nacerá su hijo y que pondrá término a sus vagabundeos sentimentales. Con el pequeño hijo Adeodato (dado por Dios) y la madre del niño, su compañera íntima a la que, durante 14 años, él permanece fiel, vive Agustín

una vida tranquila de estudiante en Cartago y después de profesor en Tagaste, Cartago, Roma y Milán.

Segundo: cae en sus manos un pequeño libro de Cicerón: el Hortensio. La lectura de este libro despertó en el alma del joven un ardiente amor a la sabiduría. Esta búsqueda incansable y apasionada de la verdad lo acompañará a lo largo de toda su existencia. Durante toda su vida conservará Agustín un agradecido recuerdo de esta obra de Cicerón. Pero un detalle faltó en el libro ciceroniano: la palabra “Jesús”. No olvidar que Agustín desde la infancia ha recibido la impronta profunda del nombre de Jesús por obra de Mónica, como dijimos antes. Se lanza a leer las Sagradas Escrituras, pero sufre una gran decepción a causa de su estilo sencillo que no se puede comparar con la majestad de Cicerón.

Y tercero: entonces es cuando ingresa en la gnosis maniquea. El maniqueísmo es un conjunto de doctrinas variadas y complejas –de las cuales Agustín recibe la versión “númida”– cuyo eje fundamental es un dualismo total. Agustín permanecerá como “oyente” maniqueo durante 9 largos años. Poco a poco se irá distanciando del maniqueísmo, aunque sin romper nunca del todo. La entrevista que tuvo con Fausto, el más destacado maniqueo, lo decepcionará totalmente.

Termina su carrera de retórica y comienza la de profesor. Primero en Tagaste, en donde con 20 años queda profundamente impactado por la inesperada muerte de un íntimo amigo. Abandona su pueblo y vuelve a Cartago, ahora como profesor. Después irá a Roma en donde sufre nuevas desilusiones y atraviesa un período de escepticismo. Finalmente, no sin influencias paganas y maniqueas, consigue la cátedra de retórica en Milán, que entonces era la capital del Imperio. Durante todos estos años, Agustín lee mucho, sobre todo libros filosóficos, que completan su formación. Incluso Aristóteles, admirándose de lo fácil que le resultó entenderlo. Escribe también su primer libro, perdido ya en tiempo de Agustín, “De pulcro et apto”.

Llegado a Milán Agustín se encuentra con la persona allí dominante que es su obispo Ambrosio. La personalidad de Ambrosio impresiona y cautiva a Agustín, el cual escuchaba asiduamente su predicación, que le abre a una nueva inteligencia de la Sagrada Escritura. Sobre todo le llama la atención la interpretación alegórica de la Biblia y la defensa que Ambrosio hace del A.T. frente a la crítica maniquea. Agustín no mantuvo relaciones amistosas ni estrechas

con el obispo de Milán. El influjo de Ambrosio sobre Agustín es mucho mayor que el contacto directo entre ambos. En cambio, entabló amistosa relación con algunos miembros del círculo de Ambrosio como Simpliciano, Manlio Teodoro y otros católicos milaneses de tendencias neoplatónicas. La lectura de Plotino y de Porfirio –que Agustín realiza en la traducción del africano convertido Mario Victorino– produce en él un “incendio increíble” (*Cont. Acad.* II,5). Como observa P. Brown “Agustín con menos conocimiento de Plotino y de Potrfirio que otras personas eruditas de Milán, incluido Ambrosio, hizo propias las ideas platónicas con una originalidad y una profundidad mucho más penetrante”.

También sus amigos íntimos Alipio y Nebridio y, sobre todo, su madre Mónica llega a Milán preocupada por los derroteros de su hijo. Lo quería católico y socialmente bien situado y para ello no escatimó esfuerzo alguno. Agustín entretanto va evolucionando rápidamente tanto en el aspecto intelectual como en el moral. Desde el punto de vista intelectual se va distanciando del maniqueísmo y acercándose cada vez más al cristianismo. La lucha moral fue verdaderamente dramática y con vivo dramatismo la expone Agustín en el libro VIII de sus *Confesiones*. Llevaba más de 13 años viviendo con la madre de su querido hijo. Agustín se ve obligado a romper con ella fuertemente presionado por su madre y las exigencias que imponía su condición social. El matrimonio de Agustín con una mujer de noble alcurnia era condición necesaria para su éxito profesional (*Conf. VI, 23*) Así, pues, las ambiciones temporales, las exigencias sociales y la enérgica decisión de Mónica pondrán fin a la relación de Agustín con su compañera y la separación de esta mujer dejó su corazón “chorreando sangre” (*Conf. VI, 25*). Y el hijo de ambos, Adeodato, un muchacho que prometía, se queda en Milán con su padre y su abuela. Agustín sigue evolucionando hasta su conversión definitiva y total. Por fin, en la conocida escena del huerto se realiza esta conversión, en otoño de 386 cuando Agustín está a punto de cumplir 32 años. Inmensa alegría, unidad, paz reflejan el estado anímico del Agustín convertido.

Y aquí comienza la vida realmente fecunda de Agustín. Como ha señalado acertadamente Karl Jaspers y todos los biógrafos del Santo, el momento de la conversión es el momento culminante de su vida que marca un antes y un después. “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mí y yo fuera... Llamaste y clamaste y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré y suspiro por ti; gusté de ti y siento hambre y sed; me tocaste y abráseme en tu

paz” (*Conf. X, 38*). Su ideal de convertido será vivir profundamente el evangelio dedicado a la oración y al estudio de la Escritura. Para ello Agustín, en compañía de sus familiares y amigos, se retira a una finca que le presta su amigo Verecundo, situada a unos 30 kms al NE de Milán y llamada Casiciaco. Agustín se instala en este bello y reposado lugar, en feliz retiro con un grupo de amigos. Aquí escribe sus primeros libros, frescos diálogos que conservamos.

En enero del año 387 retorna a Milán para prepararse al bautismo que recibirá, de manos de Ambrosio, junto con su hijo y su íntimo amigo Alipio, en la noche de Pascua, 24-25 de abril de 387. Había llegado a Milán en 384. Ahora, completada en su espíritu una total revolución moral y religiosa, cuyo término había sido el bautismo, decide retornar con los suyos a África realizando el viaje en sentido inverso: Milán – Roma – África.

A más tardar a principios de septiembre de 387 con el grupo de amigos, la madre y el hijo arriban a Roma y esperan en Ostia el viento favorable para navegar. Era Ostia una villa de bellas mansiones de los ricos romanos, situada a pocos kms al sur-oeste de Roma. También había aquí una floreciente colonia africana. Ostia era la puerta de comunicación entre África y Roma. Y en Ostia, después de profundas vivencias espirituales de madre e hijo, Mónica fallece santamente dejando al hijo sumido en profunda tristeza. Agustín permanece en Roma un año más hasta que hace el regreso de Italia a África. Tiene ahora 34 años. Al llegar a África se establece en su pueblo natal donde funda con sus amigos su primer monasterio.

En este “otium” de Tagaste transcurre dedicado a la oración, al estudio y a la publicación de libros principalmente antimaniqueos. Especial interés tiene el libro *De Vera Religione* escrito en estilo brillante. Tagaste marca una transición entre la vida estudiosa de Casiciaco y los monasterios propiamente dichos que aparecerán en Hipona. Los meses de Casiciaco y los años de Tagaste son seguramente las etapas más tranquilas y apacibles de la vida de Agustín. Aunque sin olvidar que durante esta estancia en Tagaste muere su querido hijo –con quien había escrito un interesante diálogo filosófico– y su dulce amigo Nebridio.

Cambió de nuevo su vida en otra fecha notable: su forzada y sorpresiva ordenación sacerdotal en 391 y su consagración episcopal cuatro años más tarde. Agustín llega de incógnito a la iglesia de Hipona buscando convertir a un amigo y allí mismo es forzado a ordenarse sacerdote: “aprehensus, presbyter

factus sum” (*Ser.* 355). A partir de este momento Agustín desarrolla una actividad pasmosa como presbítero y como escritor absolutamente comprometido.

Hipona denominada “Hippo-Regius” –que muy probablemente signifique “puerto real”– en tiempo de Agustín era la segunda ciudad romana más importante en el norte de África después de Cartago. Estaba ubicada a unos 80 kms. de Tagaste y tenía una población de unos 40.000 habitantes. En tiempos de Agustín era una ciudad muy rica en cereales, vinos y olivos con canteras de mármol y con seis hermosas basílicas. Tenía teatro, anfiteatro, foros, termas y guarnición de soldados de la XIII cohorte militar con su puerto marítimo. Después de la muerte de San Agustín (año 430) fue tomada por los vándalos y parcialmente incendiada. Fue reedificada a finales del siglo V y destruida por los árabes en 697. La actual Hipona está situada a 2 kms. de la antigua y se llama Annaba.

En tiempo de Agustín Hipona es un gran puerto. Destaca por el comercio marítimo y la agricultura. Tiene un gran teatro, el más grande del norte de África con capacidad para cerca de 6.000 personas. Posee también las termas del norte y del sur, así como mansiones lujosas dominando el puerto. En definitiva, se trata de una gran urbe muy próspera cuya prosperidad era en buena parte debida a las condiciones naturales de su situación privilegiada y al excelente enclave de su puerto. Las riquezas eran principalmente agrícolas: viñedos, olivares, bosques, cereales. Toda esta producción transita por los puertos que aseguran su relación con Ostia. En Hipona residía un alto funcionario imperial encargado del aprovisionamiento a la ciudad eterna. Gran parte del trigo partía de aquí para Roma.

Cuando Agustín es ordenado sacerdote por sorpresa, la comunidad católica estaba un tanto en crisis y en inferioridad de condiciones respecto a los maniqueos y a los donatistas. También había muchos restos de paganismo. Su obispo Valerio era anciano, griego de nacimiento, mediocre orador en latín y totalmente ignorante del púnico. Agustín se entrega en alma y cuerpo a su tarea de día y de noche: “in die laborans et in nocte lucubrans” (trabajando de día y meditando de noche), escribe su primer biógrafo y amigo Posideo. Gran parte de la noche transcurre para él en oración y dictando el fruto de sus elucubraciones o respondiendo a las demandas que recibe. Valerio quería que Agustín se dedicara particularmente a la predicación, algo nuevo en la Iglesia occidental. Predicar al pueblo, la mayoría campesinos y pescadores.

Nada más ordenado Agustín pide primero unas vacaciones para prepararse con la reflexión y el estudio de los libros sagrados. Conservamos la carta que dirigió a Valerio, que es verdaderamente reveladora de su estado de ánimo preocupado (*ep.* 21). Agustín obtuvo de Valerio unas semanas de retiro para que se preparara más concienzudamente. Debuta como predicador en Hipona en marzo de 391. Agustín sacerdote primero y obispo después se abre ampliamente a los problemas reales de las personas y al conocimiento de la vida y del hombre. El servicio a los demás le permitió penetrar en el conocimiento de Cristo, también del Cristo total (“*totus Christus*”) a quien no se puede conocer y amar plenamente hasta que no se le reconoce presente entre los más humildes de sus hermanos. La vivencia religiosa de Agustín cada vez se hace más profundamente cristiana y católica. Durante casi 40 años no dejó de progresar. En su etapa de presbítero organiza amplios diálogos y debates con los maniqueos y donatistas. Sobre todo organiza el concilio de Hipona que se celebró el 8 oct. De 393, y que constituye una de sus principales iniciativas sacerdotales.

El anciano obispo Valerio le dona también una mansión con jardín junto a la Iglesia catedral, donde Agustín funda un primer monasterio. Después construirá otro, igualmente en un terreno cedido por Valerio de las propiedades pertenecientes a la Iglesia, en donde Agustín vivirá siempre con sus sacerdotes y clérigos. Cierto que a lo largo de estos largos años no le faltaron problemas en los monasterios. Pero Agustín no era un ingenuo y conocía la débil condición humana incluso dentro del monasterio. Con todo, él llegará a ser el más grande divulgador y animador del monacato africano y su Regla será una de las más difundidas en la Iglesia universal. Muchos monjes del monasterio agustiniano llegarán a ser obispos destacados de África.

La elevación de Agustín al episcopado tiene lugar en 395. Sólo la caridad lo impulsa a aceptar la tarea episcopal que vivió siempre como una gran responsabilidad, como un enorme peso (“*Sarcina episcopatus*”), tal como lo manifiesta numerosas veces en sus Sermones y Cartas. Agustín se consagra enteramente a su Iglesia de Hipona. Es una diócesis rica, pero demasiado vasta. “La medida del amor es amar sin medida”. Viaja, predica, escribe sin cesar. Hasta el final de sus días se lamenta con frecuencia de que siempre tuvo que hablar y nunca se le permitió escuchar; de que no tenía tiempo para aquello que él más deseaba: orar y dictar el fruto de sus meditaciones.

Pronto el obispo Agustín, por su talento y actividad se convierte en la persona más destacada e influyente del cristianismo de Numidia. Durante su

episcopado mantendrá amplia correspondencia con muchas personalidades y será solicitado de muchas partes, sobre todo de Cartago, cuyo obispo y primado de Numidia, Aurelio, que se percató pronto de la valía de Agustín, se hace amigo suyo y en cierto modo dispone de él como su más eficaz colaborador. En efecto, Agustín se convierte en el más inteligente y activo colaborador de Aurelio. Se establece así el eje Hipona-Cartago, tan fecundo para la Iglesia africana. En Cartago pasa Agustín algunas temporadas y predica muchos y muy notables sermones. En alguna ocasión Cartago fue también el lugar de sus descansos y convalecencias. En 397 allí tuvo que superar una dolorosa crisis de hemorroides. Aunque Agustín detestará siempre los viajes y el frío no dejó de viajar, incluso con peligro de su propia vida, cuando lo exigían sus tareas pastorales.

Obispo de Hipona Agustín no se encerró en su basílica, sino que vivió en medio de sus gentes, la mayoría pobres y humildes. Como obispo dedica especial atención a los pobres. Participó de su vida, de sus alegrías, de sus penas, de sus preocupaciones. Para darse cuenta de ello basta con hojear sus *Sermones* y *Comentarios* bíblicos que ocupan una parte muy notable de su inmensa producción literaria. En Hipona la agricultura y el pequeño comercio eran mucho más importantes que la cultura. Agustín en su predicación se adapta al pueblo sencillo (de hecho cuando predica en Cartago utiliza un lenguaje más culto y esmerado). Aunque Agustín tuvo amigos muy pudientes, penetró el sentido del pobre. Es un tema muy tratado en sus sermones. Apoyándose en el Evangelio, condena sin paliativos la usura. “Es un crimen detestable, odioso, execrable”. El usurero “se enriquece con las lágrimas ajenas”. Sensibilidad cristiana ante las injusticias o el sufrimiento. Agustín es muy penetrante observador de las cosas ordinarias de la vida asombrado ante el “profundo misterio que es el corazón humano” (*Conf. IV, 22*). A veces compara la comunidad humana con el mar de la costa donde los peces como los hombres se comen entre sí. También tiene muchos rasgos de un humor sano y excelente, como puede verse en varios pasajes de *La Ciudad de Dios* y en muchas *Cartas* y *Sermones*.

El obispo Agustín se consagró enteramente al servicio de su diócesis de Hipona. Como él mismo dice Dios lo ha convertido en el servidor de su pueblo. También cabe destacar que el pastor de almas que era el obispo de Hipona debió inclinarse sobre los problemas prácticos de la vida cristiana. Varios de sus libros tratan sobre temas de moralidad y los diversos estados y aspectos del comportamiento humano. Reflexiona también muchísimo sobre las relaciones humanas. Se trata de un problema que preocupó hondamente a Agustín, a

partir de su elevación al episcopado, de tal modo que “ningún pensador de la Iglesia antigua está tan preocupado como él con la naturaleza de las relaciones sociales” (Brown).

Posideo, su primer biógrafo, compañero y amigo del Santo, nos relata con amor y admiración los detalles de la vida diaria de Agustín: pobreza, frugalidad, entrega. Comida frugal, compuesta sobre todo de verduras, legumbres, cereales y frutas. También pescado que era la carne de los pobres (no olvidar que Hipona es puerto de mar). La carne estaba reservada a la gente más pudiente. En la mesa de Agustín se servía raras veces. El vino se servía con moderación (Los maniqueos prohibían la carne y el vino). En el comedor se leía un rato la Sda. Escritura y después se platicaba amistosamente. Lo que estaba terminantemente prohibido era hablar mal de ningún ausente.

El modo de vida agustiniano era pobre y austero en todas sus manifestaciones: vestido, comida, etc. Vivía como la mayoría de la gente del pueblo. Con seguridad vestía una túnica de lana blanca, con mangas y calzaba unas sandalias muy sencillas. Cuando le regalaban algún vestido caro o lujoso lo vendía y repartía el dinero a los pobres. Hay una excepción muy significativa, que es una muestra excelente de la compasión y delicadeza del obispo de Hipona. Se trata de una pobre viuda que había tejido un lujoso vestido para su hijo, el cual fallece inesperadamente. Le ruega a Agustín que se lo ponga y para consolarla, el obispo accede a su petición de modo excepcional. Siempre me cautivaron éste y otros gestos que manifiestan la delicada grandeza del corazón de Agustín.

La predicación del obispo es una confesión permanente, como el libro que lleva este título. Confesión de la ternura de Dios y confesión de la debilidad humana. Agustín supo actuar con su pueblo como el Señor había actuado con él mismo. Agustín narra con frecuencia sus propias vivencias y experiencias espirituales o místicas “¿dónde está tu Dios?” “¿Qué es lo que yo amo cuando amo a mi Dios?...”. El salterio, que lo comenta detenidamente, es el libro preferido de su oración. “De lo que yo vivo, de eso os hablo. De lo que yo me alimento lo reparto a vosotros” (*Serm.* 339,4). En toda la historia de la Iglesia pocos oradores sagrados pueden compararse con San Agustín.

Como obispo-juez se pasa muchas horas del día atendiendo las demandas de su gente sencilla. El recurso al tribunal del obispo (según la legislación de Teodosio) estaba abierto a todos, cristianos y no cristianos. Fue ésta una tarea

muy pesada para Agustín, el cual la desempeñó pacientemente, urgido por la caridad de Cristo, como él repite con mucha frecuencia.

Los adversarios de Agustín fueron los enemigos de la Iglesia católica: Maniqueos, donatistas, pelagianos (Tenemos que añadir también las disputas con otros herejes, como los arrianos y el diálogo con los paganos. ¡Incansable Agustín! Debido en gran parte a su actividad en un cuarto de siglo los componentes religiosos del mundo africano cambiaron radicalmente. Se ha dicho con razón que, en el contexto agustiniano, las controversias contra paganos y herejes constituyen un signo auténtico de lealtad.

En su primera etapa Agustín se centra principalmente en la polémica antimaniquea que había comenzado desde su conversión. El había quedado prendido en las redes maniqueas en su juventud y tenía un conocimiento muy exacto de las teorías y de las prácticas defendidas por la secta. Nada más convertido deseaba ardientemente transmitir sus nuevas experiencias a los antiguos correligionarios y multiplica sus esfuerzos en tal sentido. En sus controversias con los más destacados maniqueos (Fausto, Fortunato, Adimanto) logra triunfos decisivos. La victoria más importante acaece en el año 393. Pero Agustín continuó escribiendo muchos libros antimaniqueos, especialmente sus numerosos *Comentarios* al Génesis en los que resalta de modo singular la creación y la bondad de todas las cosas.

Después surgirá la controversia donatista, la cual tenía muchas implicaciones políticas y sociales. Los donatistas habían sido ya condenados por el poder imperial en tiempo de Teodosio a finales del siglo IV, pero en África prosperaban en el terreno de la miseria campesina. En concreto en Hipona constituían mayoría frente a los católicos. El donatismo, muy extendido en Numidia, se apoya también en el idioma bereber o púnico. Era lo que hablaba la gente campesina, aunque en las ciudades todos entendieran el latín. La diplomacia agustiniana cara al donatismo sufrió un cambio considerable debido al propio confortamiento extremadamente violento de los mismos donatistas y su mano armada los “circunceliones”. El obispo de Hipona fue primero partidario de la tolerancia y del diálogo. Al fracasar en tal empeño, optó por procedimientos más rigurosos que antes había rechazado aplicando las leyes establecidas. Pero nunca extremando la represión: “deseamos corregirlos, no matarlos. Espero que olvides que tienes el poder de matar”, escribe a su amigo Marcelino (*Epist.* 100).

El año 411 ocurre un cambio importante en la vida de Agustín, el cual prepara con esmero el Concilio que se celebrará en Cartago y que reúne a varias centenas de obispos venidos de todos los rincones de África del Norte, mitad católicos, mitad donatistas. Además de los datos históricos sobre la secta donatista y sus orígenes, Agustín desarrolla ampliamente la teología sobre la unidad de la Iglesia y sobre los Sacramentos. En este Concilio logra también Agustín un triunfo resonante.

Este mismo año 411 se inicia la controversia más dura y más larga. Es la lucha antipelagiana, por la que Agustín llegará a ser nominado como el “Doctor de la Gracia”. El mundo es pequeño. Un año antes Pelagio había viajado a Hipona, justo cuando Agustín estaba ausente. Desde el primer momento el obispo de Hipona tiene clara conciencia de las implicaciones teológicas del pelagianismo. El pecado, la gracia, el bautismo, la redención de Cristo, la predestinación... eran temas sobre los que ya Agustín se había meditado bastante con anterioridad. Si ahora el pelagianismo fuera cierto, Cristo habría muerto para nada. Por otra parte, Agustín tenía una gran experiencia personal sobre lo que es la debilidad humana y la necesidad que tenemos todos de la gracia divina. Por eso, desde el invierno de 411-12 Agustín aparece todo entero movilizado por la defensa de la Gracia: “acriter disputavi contra inimicos gratiae Dei” (combatí violentamente contra los enemigos de la gracia de Dios), escribirá lapidariamente en las Retracciones (*Retract. II,37*).

San Agustín siempre manifestó el mayor respeto por Pelagio. Pero los libros antipelagianos se multiplican aceleradamente sin cesar y, sobre todo, se encona más y más la polémica contra un rival de gran talla digno adversario del mismo Agustín: el joven obispo Juliano de Eclana. Habrá que reconocer que por ambas partes hubo precipitaciones y exageraciones (como las habrá muchos siglos después por parte de Calvino y de Jansenio, por ejemplo). Pero en conjunto la Iglesia católica ha aceptado la doctrina de Agustín que no deja de ser rica en pensamientos profundos y luminosos, como cuando dice que la persona de Cristo es más importante que la ley de Cristo o que la predestinación expresa el amor sin límites de Dios por su criatura o que, al premiar el mérito de los hombres en el último día, Dios premiaba sus propios dones, etc. etc.

Dentro de esta polémica Agustín desarrolla su antropología teológica y medita mucho en la condición mortal del ser humano. Agustín ha tenido una experiencia precoz de la muerte cuando siendo niño cayó gravemente enfermo. Después experimenta la muerte de su padre (aunque no estuvo presente), la

muerte sobre todo de su amigo anónimo a los 20 años, la muerte de Mónica. Posteriormente de su hijo, del amigo Nebridio y de tantos otros. Muchos años antes había reflexionado en los Soliloquios que las tres cosas que más le preocupaban eran: miedo a perder a los que amo, miedo al dolor, miedo a la muerte (*Sol. I,16*). Ahora elabora una teología muy completa de la condición mortal del ser humano. Pero el hombre no está llamado a la muerte, sino a la vida: “Nuestra vida ahora es esperanza y después será eternidad. La vida de la vida moral es la esperanza de la vida inmoral” (*In Ps. 103*). La Ciudad de Dios termina con un canto a la patria celestial: “allí descansaremos y veremos. Veremos y amaremos. Amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al fin que no tendrá fin!” (*De Civ. Dei. XXII, 30*)

El año 426 marca el último gran giro (cambio) de la vida de Agustín: Acaeció la muerte de algunos colegas y amigos. Y es consciente de que se acerca igualmente su propio fin terrenal. Reúne a sus feligreses y con ellos de testigos nombra sucesor suyo al presbítero Heraclio. En su sucesor delega algunas de sus funciones episcopales. Agustín mismo había sido ejemplo de “buen pastor”. En efecto, a lo largo de 35 años, de modo asombroso, desde el principio de su episcopado hasta su muerte, realiza una labor increíble atendiendo a mil detalles de la tarea episcopal: celebraciones litúrgicas, pleitos, viajes... Y, sin embargo, encuentra tiempo para escribir una obra gigantesca, cuya sola lectura necesita años.

En 426-427, tres años antes de su muerte, cuando termina de escribir La Ciudad de Dios y tenía finalmente la sensación de haber expuesto su pensamiento definitivo, procedió a revisar todas sus obras que a menudo habían sido escritas con gran apremio. Y, al revisar sus obras, revisaba su vida como obispo así como en las Confesiones había revisado su infancia y juventud. En las Retractaciones explicó, interpretó, matizó allí donde tal vez sus afirmaciones habían sido demasiado radicales. El año 428 envía las Confesiones al conde Darío, que se las había pedido y le escribe con humildad conmovedora: “Recibe, hijo mío, varón bueno y cristiano, recibe los libros de mis Confesiones que deseabas. Mírame en ellas para que no me alabes más de lo que soy. Créeme a mí y no lo que otros dicen de mí. Obsérvame en esos libros y ve lo que fui en mí mismo y por mí mismo. Y si hallas en mi algo que te agrada, alaba conmigo a Aquel a quien quise que se alabara, pero no a mí. Puesto que él nos hizo y no nosotros a nosotros mismos. Nosotros habíamos extraviado el camino y él que nos hizo nos rehizo. Cuando me hayas conocido ahí, ora para que no desfallezca sino

que siga avanzando. Ora, hijo mío, ora. No sólo tú, sino todos los que por tus palabras me amaren, oren por mí (*Epist.* 231, 6).

Agustín muere el 28 de agosto del año 430 estando su ciudad sitiada por las tropas vandálicas. Él muere, pero su obra pervive. Agustín como pobre de Dios no deja testamento alguno. Pero por fortuna nos deja la gran Biblioteca de la Iglesia de Hipona en la que había ido acumulando diversos códices de autores paganos y cristianos y, sobre todo, sus propias obras. De las que Posideo elabora un catálogo o índice bastante completo.

Al decir del mismo Posideo la villa de Hipona fue incendiada. Pero dentro de este fin dramático, se conservó milagrosamente la Biblioteca de Agustín. Su obra gigantesca permanece y su influencia en la teología y filosofía cristiana ha sido y sigue siendo inmensa.

Su obra literaria

Todos sabemos que la obra literaria de Agustín es enorme y desbordante en extensión y en profundidad. La mayoría de sus libros surgieron a raíz de los problemas que se le iban presentando. Fue plasmando por escrito sus reflexiones a medida que iba viviendo su vida y según las exigencias pastorales y las solicitudes que le hacían los hermanos y amigos (con raras excepciones, como el "Tratado de la Trinidad" tal vez su principal obra especulativa). Como juez implacable consigo mismo, al final de su vida hace una revisión de todas sus obras, en las "Las Retracciones", admitiendo que "escribiendo progresaba y progresando escribía". El mismo recomienda la lectura cronológica de sus escritos.

No vamos a enumerar aquí todas sus obras. El catálogo completo puede verse en casi todos los estudios que se citan en la nota bibliográfica: Capánaga, Marrou, Brown, Lancel... Quiero señalar que en nuestra biblioteca tenemos la edición completa de la Patrología de Migne donde las obras de Agustín abarcan 16 vols (a los cuales hay que añadir los sermones y cartas descubiertos con posterioridad). La edición bilingüe de la BAC –con sus introducciones más o menos amplias– son 41 vols e incluyen ya toda la obra agustiniana. En total son algo más de cinco millones de palabras.

Esquematisando al máximo, y dejando aparte muchos detalles, podemos clasificar la carrera eclesiástica de Agustín en los tres períodos y a antes señala-

dos: 1º) De 386 a 400: polémica con los maniqueos. 2º) De 400 a 412: polémica con los donatistas. 3º) De 412 a 430: polémica con los pelagianos.

En el primer período hay que incluir los *diálogos* escritos en Casiciaco, de los que destaco los *Soliloquios*. En Tagaste escribió *De Vera Religione*. Y como le preocupaba el tema maniqueo y el problema del mal escribe varios *Comentarios* –incompletos– al Génesis, en donde resalta la bondad de toda la creación. Siendo Agustín ya sacerdote, el obispo de Milán sucesor de Ambrosio, Simpliciano, informado por Paulino de Nola de los escritos de Agustín, le plantea diversos problemas sobre la carta a los Romanos y otras cuestiones. En la contestación de Agustín –*De Diversis Quaestionibus ad Simplitanum*– se esboza la doctrina sobre la Gracia, que tanto tiempo le ocupará en los últimos veinte años de su vida. Poco después escribe su libro más bello y personal, *Las Confesiones*. El mismo Autor admitirá que es el libro más leído y que más agrada y más bien hace a muchos hermanos. *Las Confesiones* son ante todo un himno de alabanza a Dios. Son a la vez la confesión de un ser mortal y pecador. Por primera vez un hombre de los grandes de su tiempo en el campo espiritual (de lo cual él mismo es consciente), un obispo que se ha convertido en punto de mira para una parte notable de la Cristiandad, expone públicamente su vida con sus miserias humanas sin complacencia y sin justificaciones. No lo relata Dios, que todo lo conoce, sino a los hombres, sus lectores y hermanos. No para su satisfacción personal, sino para ser útil a los demás. Este canto a la gracia divina sigue siendo la obra más divulgada y leída de Agustín.

En el segundo período continúan multiplicándose escritos antimaniqueos y antidonatistas. Dos grandes obras de este período, que serán acabadas unos años más tarde, destacan sobremanera: *De Genesi ad Litteram libri duodecim* y *De Trinitate*. En la primera comenta ampliamente el relato de los primeros capítulos de la Biblia: la creación, la bondad de todas las cosas, el paraíso, la tentación, el pecado, etc. y expone su teoría de las razones seminales, original adaptación de la doctrina estoica. El mismo Agustín reconoce que aquí “son más las cuestiones que se suscitan que las respuestas que se ofrecen”. El Tratado sobre la Trinidad es tal vez la obra especulativa más genial de Agustín con una gran originalidad y penetración. No sólo nos habla del Dios Trino y su fundamentación teológica, sino que en los últimos libros nos ofrece también una antropología teológica integral. Igualmente durante este período comenta la mayor parte de los Salmos: *Ennarrationes in Psalmis*. Es un amplio comentario a todos los salmos, una obra muy voluminosa y marcadamente cristológica.

La chispa del genio aparece siempre como puede verse en un escrito menor –*De catequizandis rudibus*– que constituye un tratado maestro de pedagogía catequética. Publica también algunos libros sobre temas de moral como el matrimonio, la virginidad o el trabajo de los monjes, etc.

El tercer período está marcado por la polémica antipelagiana y todos los problemas que conlleva. A partir de *De peccatorum meritis et remissione* hasta la obra que no pudo terminar *Contra Julianum opus imperfectum* se multiplican los escritos de un modo asombroso: sobre la gracia de Cristo, el bautismo, la predestinación, el don de la perseverancia, etc. También en este período tenemos que incluir su “obra magna y ardua”, *La Ciudad de Dios*. Es admirable como a lo largo de los años mantiene la estructura y el hilo de la argumentación sobre el origen, trayectoria y meta de las dos ciudades. Agustín quedó bastante satisfecho de esta gran obra que, en muchos puntos, expone su pensamiento definitivo. Quiero citar otra obra menos voluminosa, cuyos tres primeros libros los había escrito hacía 30 años y que completa con el último libro, que es el más interesante, poco antes de su muerte: *De doctrina cristiana*. Destaca también en esta época otra obra a la que he aludido en varias ocasiones. Es *Las Retracciones* (llamadas por Bardy “las confesiones del viejo Agustín”). Se trata de una revisión detallada de toda su obra, tan voluminosa. Igualmente hemos de añadir los preciosos –y profundos– *Comentarios al Evangelio* a y a primera carta de *San Juan*, sus Sermones y Epístolas escritas a lo largo de más de 40 años. Numerosas Cartas constituyen auténticos tratados sobre temas diversos. En ellas se patentiza tanto la inteligencia como el corazón de Agustín.

Algunos rasgos de su personalidad

Si la obra agustiniana nos desborda, nos desborda no menos su misma personalidad. Aunque no tenemos un retrato fidedigno del aspecto físico de su persona, son muchas las cosas que conocemos sobre él, sin duda más que sobre la mayoría de ningún otro personaje de la Antigüedad. Por ejemplo, podemos afirmar que, si bien padeció diversas enfermedades a lo largo de su vida, gozó en general de una sana constitución física y alcanzó con plena lucidez la edad de los casi 76 años. Precisamente las cartas recién descubiertas, pertenecientes a la vejez de Agustín, acrecientan aun más su figura, su comprensión y su entrega a los demás.

Desde el punto de vista psicológico, el genio de Agustín escapa a toda clasificación esquemática. Es evidente que estamos ante una personalidad ri-

quísima. Uno de los más agudos intérpretes del agustinismo, E. Przywara, define el genio agustiniano como “complexio oppositorum”, con polaridad y unidad de contrastes. “San Agustín dejará en herencia a los siglos venideros su eterna y atormentada contradicción” (Dominique de Courcelles, 118).

Su memoria –sobre la cual escribió él mismo páginas maravillosas en el libro décimo de sus “Confesiones”–, debió de ser extraordinaria, tal como se manifiesta por ejemplo en las innumerables citas bíblicas que aparecen en sus escritos (unas 14.000 del A.T. y algo más de 30.000 del N.T.) Destaca aún más la potencia de su genio especulativo y el don de su palabra. Como Platón, Agustín es un artista de la palabra, un gran escritor, cuyo estilo refleja la naturaleza extraordinariamente rica de su sensibilidad

Agustín vivió muy hondo el profundo misterio del corazón humano, la dificultad de la comunicación en profundidad de los propios seres humanos: “Grande profundum mysterium est ipse homo”. “¿Qué es mi corazón sino un corazón humano”. “¿Por qué has querido Señor que todo corazón humano sea un misterio para el corazón hermano?”... Agustín vivió con inquietud su propia fragilidad y sus limitaciones incluso en el trabajo intelectual. Creo que un rasgo de su personalidad es una cierta timidez (como se manifiesta en su relación con el obispo Ambrosio) y una cierta soledad y aislamiento, fruto en gran parte de su propia grandeza. Pero, superadas estas dificultades, ¡qué capacidad de amistad y de entrega! (Les confieso que me asombra la fidelidad y ternura de Agustín).

La amistad es uno de sus rasgos más característicos, una de sus cualidades más sobresalientes. Desde su juventud hasta su muerte siempre vivió rodeado de amigos. Él nos confiesa que, siendo joven, su afán principal era “amar y ser amado” (*Conf.* III,1). Una muestra extraordinaria la constituye la narración de la muerte del amigo, cuando Agustín tiene 20 años. Con sus amigos convive en Casiciaco, en Tagaste, en Hipona. También en los primeros años de su episcopado San Agustín estuvo necesitado del apoyo de sus amigos. El amplio epistolario agustiniano es otra muestra patente de su relación con muchos y muy diversos amigos. Este corazón abrasado tenía mucho de humano. Incluso con los adversarios tuvo una sensibilidad extraordinaria. Como dice Marrou, San Agustín fue un gran seductor que, a lo largo de toda su vida, sedujo a cuantos lo trataron.

Por eso, los que consideran a Agustín como un doctor severo y sin piedad no han comprendido en absoluto el alma agustiniana que se desborda por todas partes de amor. La última palabra de su enseñanza y de su vida, la que

traduce de la manera más completa las riquezas de su espíritu y de su corazón es la palabra amor: “ama y haz lo que quieras”; “dame un corazón enamorado y entenderá mis palabras”. La iconografía sobre San Agustín no se ha equivocado al asociarle dos rasgos esenciales: el libro abierto, símbolo de la ciencia, y el corazón inflamado símbolo del amor. El gran pensador que es Agustín es a la vez un hombre apasionado capaz de hondas emociones. Su pensamiento está siempre enraizado en la experiencia de su vida. La sabiduría agustiniana es una inteligencia que conduce al amor.

Influencia y actualidad

“San Agustín es el prototipo del pensador que refleja en sí todas y cada una de las grandes inquietudes metafísicas de ser humano” (Dolby Mújica). Con frecuencia ha sido llamado el genio de Europa, el teólogo más grande después de San Pablo, uno de los padres del monacato occidental, uno de los más grandes psicólogos del mundo, etc. etc. Ya en vida gozó de un gran prestigio y su influencia en Occidente ha sido inmensa. El mismo Jerónimo –con quien mantuvo una correspondencia difícil–, al final de su vida reconoce que Agustín es “el obispo más conocido del mundo entero”. En la Iglesia católica, Concilios, papas y grandes teólogos –antiguos y modernos– se han inspirado en él.

Pablo Orosio, Próspero de Aquitania, Boecio, Casiodoro, Cesáreo de Arlés, San Isidoro, San Gregorio Magno, San Beda, San Anselmo, Pedro Lombardo, Los Victorinos, los diversos “agustinismos medievales”, Dante, Petrarca, Lutero, Calvino... como después Descartes, Malebranche, Pascal, Jansenio... Actualmente: Vaticano II y últimos Papas han tenido a Agustín por uno de sus autores favoritos. En realidad la presencia de San Agustín en el pensamiento occidental sigue siendo permanente, como puede verse en cualquier manual de Historia de la Filosofía o de la Teología. Con razón ha sido llamado “el primer hombre moderno”.

¿Podemos aprender hoy algo de este gran doctor? ¿Puede Agustín transmitirnos algún mensaje válido para nuestros días? El diálogo con los grandes pensadores siempre es fecundo. En el caso concreto de San Agustín, yo señalaría, entre otros, los puntos siguientes:

- Mantener siempre la tensión del pensamiento y del progreso. No sólo vivió Agustín en una época de cambio, sino que él mismo estaba constantemente progresando. Dinamismo permanente. “Nunca es uno viejo para aprender”, “escribiendo progresaba y progresando escribía”.

- Interioridad y conocimiento de sí mismo. Nadie como San Agustín hizo avanzar tanto el conocimiento de sí mismo y la relación con Dios. La causa de los males es la ignorancia que el hombre tiene de sí mismo. El principal enemigo del hombre es él mismo y el centro de su lucha está en su propio corazón.
- La filosofía nunca fue estéril. Armonía entre razón y fe: “ama grandemente el entender”, “lejos de nosotros pensar que Dios nos odie en lo que nos distingue de las bestias” (Epist. 120). La armonía razón y fe es el pilar del agustinismo. Amor apasionado a la verdad completa y total: la verdad sabida y la verdad creída. Buscar el saber que es “saborear”, experimentar, deleitarse, gozar. En la filosofía práctica: “Uti-frui”. (=usar - gozar) .
- Búsqueda de la verdad, de lo eterno y permanente. Inquietud, anhelo del peregrino. Incluso la oración es diálogo y “deseo”. “Es el anhelar lo que hace profundo el corazón humano” (*In Joan. Evang.* 40,10)
- Conciencia de los propios límites a la vez que inmensa capacidad de entrega. Te realizas en la medida en que te entregas, en la medida en que amas. Sabiendo que la medida del amor es amar sin medida. Cada uno es lo que ama. Y siempre el amor es la última palabra. “Ama y haz lo que quieras”.
- Pero como respuesta al Amor primero. Porque antes hemos sido amados y creados por amor. La iniciativa es siempre de Dios. Todo es gracia, todo es don. “Nuestros bienes son sus dones”. “Bona=don”. El centro del cristianismo, más que la ley de Cristo, es la persona misma de Cristo. “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”.

Bibliografía

- P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid 2001 (Una de las mejores biografías sobre el Santo. En la presente edición añade un epílogo sobre los sermones y cartas recién descubiertos).
- V. CAPANAGA, *Introducción general a las obras de San Agustín*. Madrid BAC, 1951 (Introducción escrita con conocimiento y amor y que, a pesar de los años transcurridos, conserva validez y frescura).
- L. CILLERUELO, *San Agustín, genio de Europa*. Madrid 1962. (Se trata de diversos artículos de este hombre bien informado y entusiasta por todo lo agustiniano).
- D. DE COURCELLES, *San Agustín o el genio de Europa*, Santiago de Chile 1985 (Obra muy bien lograda y con penetrantes intuiciones femeninas).
- DOLBY MUGICA, M.C., *La búsqueda de la verdad y del bien en San Agustín*, Murcia 2010 (Compilación de interesantes artículos escritos a lo largo de varios años. Además de la bibliografía, nos ofrece una lista de páginas web).
- A. D. FITGERALD (Dir.), *Diccionario de San Agustín*, Burgos 2001 (Magnífico diccionario de muchos especialistas que ofrece amplio material sobre la obra agustiniana, con bibliografía actualizada de cada tema).
- A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana de África del Norte en tiempos de San Agustín* (Libro muy útil para una ambientación histórico-geográfica del entorno agustiniano).
- S. LANCEL, *Saint Augustin*, París 1999 (Buena biografía escrita por un gran investigador de África).
- H. MARROU, *San Agustín y el agustinismo*, Madrid 1960 (Breve síntesis de la vida, personalidad y obra de San Agustín elaborada por un gran agustinólogo).
- J. OROZ RETA, *San Agustín: el hombre, el escrito, el santo*. Madrid 1967 (Libro muy interesante para comprender la persona y el estilo de San Agustín).
- E. PORTALIE, *Saint Augustin*, en DTC (es un artículo antiguo, pero sigue siendo modélico como introducción a la teología agustiniana).
- F. VAN DER MEER, *San Agustín, pastor de almas*. Barcelona 1965 (Ofrece una visión completa y bien ambientada sobre la actividad pastoral de Agustín).

Antonio Espada Ferrero: *San Agustín, máximo representante del cristianismo africano en los siglos IV-V*

En Internet hay muchas páginas dedicadas a San Agustín, algunas de las cuales no dejan de tener su utilidad; pero las he consultado muy poco.

Quiero agradecer también las sugerencias que mis dos buenos amigos e ilustres agustinólogos, Pío de Luis Vizcaíno y Andrés Manrique Campillo, me han ofrecido con toda generosidad. ¡Muchas gracias!